

Jueves I de Pascua



4 de abril de 2024

Hech 3,11-26

Sal 8

Lc 24, 35-48

P. Eduardo Suanzes, msp

Lucas¹ describe el encuentro del Resucitado con sus discípulos como una experiencia fundante. El deseo de Jesús es claro. Su tarea no ha terminado en la cruz. Resucitado por Dios después de su ejecución, toma contacto con los suyos para poner en marcha un movimiento de "testigos" capaces de contagiar a todos los pueblos su Buena Noticia: "*Ustedes son mis testigos*", le dirá al final del relato.

Jesús aparece de improviso, como había desaparecido después de partir el pan en Emaús. Se presenta en medio, no viene de ninguna parte. En el relato que precede de Emaús, había dejado claro que Jesús se hace presente en el camino de la vida, en la Escritura y en la fracción del pan. Aquí se hace presente en medio de la comunidad reunida.

Es Jesús quien va a regenerar su fe de estos once atemorizados. Lo más importante es que no se sientan solos. Lo han de sentir lleno de vida en medio de ellos. Las primeras palabras que ellos escuchan son: «—*Paz a ustedes... ¿Por qué surgen dudas en su interior?*».

Cuando olvidamos la presencia viva de Jesús en medio de nosotros; cuando lo hacemos opaco e invisible con nuestros protagonismos y conflictos; cuando la tristeza nos impide sentir todo menos su paz; cuando nos contagiamos unos a otros de pesimismo e incredulidad... estamos pecando contra el Resucitado. En esas circunstancias no es posible una Iglesia de testigos.

"Llenos de miedo". No es fácil convertir en testigos a aquellos hombres hundidos en el desconcierto y el miedo. A lo largo de toda la escena, los discípulos permanecen callados, en silencio total. El narrador solo describe su mundo interior: están llenos de terror; solo sienten turbación e incredulidad; todo aquello les parece demasiado hermoso para ser verdad.

No tiene mucha lógica el terror manifestado, si tenemos en cuenta que los discípulos ya habían recibido el anuncio de las mujeres, la confirmación del sepulcro vacío por parte de Pedro, y una aparición al mismo Pedro que el evangelio menciona, pero no relata. En ese mismo momento en que aparece Jesús, los de Emaús les estaban contando lo que les acababa de pasar.

Si a pesar de todo, siguen teniendo miedo, quiere decir que aquí se está queriendo decir algo importante. Y es que antes este estupor los discípulos creen ver un fantasma. Pero no lo es, Jesús le dice: «*Soy yo en persona ¿por qué se espantan?*», les dice. Frase idéntica a aquella cuando Jesús caminaba sobre las aguas y los Doce se espantan porque creen ver

¹ Cfr. JOSÉ ANTONIO PAGOLA, *Testigos* y FRAY MARCOS, *Una presencia real pero no corpórea* en www.feadulta.com

un fantasma. En aquel entonces ellos tampoco estaban con Jesús, como ahora; tenían el viento en contra, navegaban contra las olas y la tormenta, símbolo de las dificultades de la vida, los desencantos y el miedo al amor arriesgado, como ahora; Jesús se les aparece caminando, sobre las aguas, sobre esos símbolos de muerte, de angustia y de pérdida. Aquí les sucede lo mismo. Aquella escena de la tormenta es la misma escena que esta, diría yo..., una retrospectiva de la resurrección. Es difícil de entender-asumir, vencer sus resistencias: es más fácil considerar a Jesús un fantasma, una ilusión.

El evangelio, con su sabiduría, incide repetidamente en la presencia del miedo en el hombre, algo que es inevitable. Y, frente a él, llama a tomar conciencia de que es posible superarlo desde el ser profundo que somos en Dios, desde la experiencia con el Resucitado. Es sintomático el repetido contraste que los evangelios establecen entre «miedo» y «fe», poniendo a la fe como camino para superar el miedo. La fe es confianza, es hacer presente nuestro ser profundo, nuestro ser en Dios, que logra disipar todo temor mental.

Es el miedo a asumir el riesgo del amor dado, renunciando a las pretensiones personales y nacionales. Ver a Jesús como un fantasma es pensar que es inconcebible que Dios garantice a ese Jesús que les ha propuesto con su muerte y entrega lo contrario a sus aspiraciones y tradiciones: perder, donarse y servir a todos; eso no lo puede querer Dios, eso no puede ser real, eso tiene que ser una ilusión. Pero no. Jesús es real, su vida es real, su donación y su amor son reales, su muerte en la cruz ha sido real. Y Dios está ahí, presente y comprometido en todo eso, en ese Jesús que encarna su voluntad.

Por eso es que les dice: **«miren mis manos y mis pies, pálmenme»**. Las manos y los pies son la prueba de su muerte por amor en la cruz; y de que ese Jesús que se deja ver ahora, es el mismo que crucificaron. Es real. Para despertar su fe, Jesús no les pide que miren su rostro, sino sus manos y sus pies. Que vean sus heridas de crucificado. Que tengan siempre ante sus ojos su amor entregado hasta la muerte. No, no es un fantasma: es él en persona.

Al decirles **«mientras estaba con ustedes»**. Indica con toda claridad que ahora no está con ellos **de la misma forma**. Estas son las pistas que tenemos que advertir para no caer en la trampa de una interpretación literal. Jesús está presente en medio de la comunidad. Su presencia es objeto de experiencia personal, pero no caen en la tentación de creer que sea la misma presencia de la que disfrutaron cuando vivía con ellos. Jesús es el mismo, pero no está con ellos como antes. Está con ellos, come con ellos se relaciona con ellos, pero no de la misma manera que lo hacía cuando andaba por los caminos de Galilea.

Tampoco pensemos que esta presencia es de inferior categoría, esta sería una trampa mayor. **Esta presencia de Jesús en medio de la comunidad es mucho más real que antes. Ahora es cuando descubren realmente a Jesús y se convierten en testigos:** «—Ustedes son testigo de esto», les dice Jesús. No han de enseñar doctrinas sublimes, sino contagiar su experiencia. No han de predicar grandes teorías sobre Cristo sino irradiar su Espíritu. Han de hacerlo creíble con la vida, no solo con palabras. Este es siempre el verdadero problema de la Iglesia: la falta de testigos.